

Isla Verde, 10 de noviembre de 1982.

Querido amigo:

Ésta no es la primera de mis cartas filosóficas, sino sólo una expresión de mi alegría al saber que a Vd. le ha parecido bien el que esta correspondencia se inicie. No he podido aún pensar en una carta tal, pues he estado de lleno dedicado a preparar (a más de tres cursos) una conferencia que dí ayer sobre "Las figuras de lo divino en el Fausto de Goethe", lo que me obligó a leer y estudiar mucho. Esta preparación vino a interrumpir la de un ensayo de que le hablé en su casa sobre "El cantar y el decir filosófico de Antonio Machado" y que ahora retomaré. Por tanto, creo que mi primera carta de esa proyectada correspondencia irá hacia Navidades y versará sobre el punto de partida del filosofar. Me parece que esto encierra todo lo demás. Tendrá que ser una carta muy meditada.

Me sentí halagado y agradecido por la opinión tan favorable que da Vd. sobre mi "Epicuro". Se podría observar que, al proponer yo esa lectura de su obra, sólo echo agua hacia mi molino. Y no niego mi deseo de hacerlo. Pero lo que de verdad me asombra es que más bien soy yo el que llevo un pequeñísimo arroyo hacia el gran río que hace marchar el molino de Epicuro.

Estoy de acuerdo con Vd. en que mi "Soberanía de las necesidades I" no está bien "trabado". No sé bien qué le falta o qué le sobra. Pero pienso que tal vez el futuro del mundo pueda ir por ese rumbo, o al menos que ello es una solución viable para salir del laberinto en que estamos. Seguiré trabajando en ello. Veo cierto parentesco entre el espíritu que me animó a escribir ese ensayo y el que inspira el movimiento ecologista, que tanta importancia ha venido adquiriendo. Además ni "El contrato social" ni "El capital" son, en rigor, libros bien trabados. Tan mal trabados están que todavía no se sabe con exactitud lo que en ellos sus autores aspiraban a decir... Tiene Vd. razón al señalarme que no he desarrollado de forma suficiente el concepto mismo de "necesidad. Por el momento, no sabía decir más que lo escrito en las pp. 192-3. La continuación de mi trabajo no va, por ahora, en esa dirección: es una apreciación crítica de la obra de Marx. Vd. sabe tal vez que Rousseau, al releer en su vejez "El contrato", no logró entenderlo y dijo: "C'est un livre qu'il faudrait récrire". Ni si quiera define lo que es la voluntad general.

Mucho me interesa también por cierto su impresión sobre mi Dostojevskij-Nietzsche.

Entre tanto he recibido su "Claudia, mi Claudia". No lo he leído aún, si bien una curiosidad malsana -¿o "sana" más bien?- me llevó a buscar y devorar las escenas jubilosamente eróticas de Teodora y Dorotea. Mucho me gustó leerlas y he recordado, que su respuesta, durante el almuerzo en su casa, sobre por qué había escrito ese libro: fue otra pregunta -"¿por qué se edifica una catedral?" Hay cosas, en efecto, que se hacen así, sin un "para qué" explicable, o cuyo sentido queda distorsionado cuando se le busca el "para qué".

Mucho me agrada la perspectiva de que no sólo correspondamos, sino que nos visitemos (pues no pierdo la esperanza de que Vds. también vengan por aquí). Por la vía de una visita, en una u otra dirección (la mía a Vds. no podría ser antes del verano próximo), quisiera poder escuchar y conocer mejor a Priscilla y conversar, espero que "profundamente", con los dos.

¿Ha pensado Vd. que esta iniciativa de correspondencia filosófica conmigo, podría Vd. cumplirla también con algunos otros? Sería a mi parecer interesante saber, por ejemplo, cómo juzga su Materia-razón un marxista, como Sánchez Vázquez... Pero tal vez ya haya tenido Vd. esta clase de reacciones a través de reseñas?

Por ahora, con mi cordial recuerdo a Priscilla, va un fuerte abrazo de su fiel amigo

[Signatura]

He leído con sumo interés algunos de los estudios de su libro en colaboración con Priscilla y también su introducción. Espero escribirle pronto también sobre el imperativo categórico.

Su carta, despachada el 13 de septiembre, sólo me llegó en octubre, tal vez por una vía no aérea y harto ordinaria, vaya uno a saber por qué.